La Puerta del Sol madrileña, en la que se encuentra el punto kilométrico 0 de España, creemos es un buen enclave para formalizar un juicio de lo que pasa en el país, lo que podemos alargar a Hispanoamérica y al resto del mundo. Con esa idea nos hemos situado junto el oso y el madroño, desde donde saludar a nuestros amigos

Número 208 – martes 10 de septiembre de 2019

Los libros de texto de nuestros hijos y nietos

Emilio Álvarez Frías

El mundo de la enseñanza, incluyendo a docentes y editores, anda revolucionado acerca de los libros que los jóvenes han de disponer para el estudio; los padres no parecen excesivamente preocupados, salvo por el coste del material, lo cual es un índice de la atención que prestan a la enseñanza que reciben sus hijos. Naturalmente, aunque se hable en general, existen las excepciones, afortunadamente pensamos que muy numerosas. Pues bien, al parecer es tal el barullo existente al respecto por la poca preocupación del Estado en dar una enseñanza amplia y común a todos los que se encuentran en edad escolar dentro del país, y sí una preocupación tan exacerbada de las comunidades autonómicas de importarles una higa que sus escolares reciban una enseñanza amplia en general, que modifican estos libros para ajustarlos a sus pequeñeces de aldea; así, en Canarias se elude aprender en geografía qué ríos existen por el mundo dado que, como ellos no tienen mas que regatos, piensan sus autoridades que los nativos del lugar no han de estar interesados en el tema. Otro sí se puede hallar en otras asignaturas en cuanto a la manipulación ejercida por los partidos políticos que pretenden, y al parecer lo consiguen, variar la historia, entre otras asignaturas, para ajustarla a su interpretación de los hechos tanto locales como de otras tierras. Sin duda esto es un enfoque disparatado ya que la cultura y el saber de los jóvenes aprendices debe estar encaminada a conseguir un mayor bagaje de conocimientos, ajustados a la verdad, de cuantos más acontecimientos sean posibles, de lo que exista o pase por el mundo, y muy principalmente lo relacionado con su patria. De esto no se ha ocupado ni una pizca Pedro Sánchez, el pretendiente a La Moncloa, ni su ministra de Educación y Formación Profesional, excelentísima señora Isabel Celáa, anteriormente con todas

En este número:

- **Los libros de nuestros hijos y nietos,** *Emilio Álvarez Frías*
- **Una noticia consabida,** *Manuel Parra Celaya*
- **Lo que los insólitos no leen,** *José Mª García de Tuñón Aza*
- **El otoño de terror que se avecina en España mientras Sánchez juega con Iglesias,** *Miguel Blanco*
- **El familiar de una víctima de la Guerra Civil protesta al *ABC*: «Mi tío murió en la cárcel pero fue fusilado por los rojos»,** *Juan F. Lamata Molina*
- **La soberanía es (afortunadamente) secular,** *Fernando de Haro*
- **Dar la vida,** *Monseñor José Ignacio Munilla*
- **La sociedad del sándwich mixto; por qué los mediocres dominan el mundo,** *Rodrigo Tarrasa*

las de la ley y actualmente en funciones. Jamás hemos oído de uno u otro algo referente a este tema tan importante para el país y sus hijos; claro que, desde hace bastante tiempo, todo lo que sale del edificio que contiene la responsabilidad de la educación y formación de los españoles lleva tintes de conducir cada día más hacia la ignorancia absoluta de los educandos. No sé si hablarán mucho o poco de este tema los representantes de Pedro y Pablo en las conversaciones para promover la investidura de Sánchez, pero si lo hacen cabe pensar que será muy perjudicial.

De la inconsistencia de los modos de llevar el país surgen a diario, por todos los rincones, síntomas de que existe una falta de pudor enorme en casi todos los ámbitos públicos, y una ejecutoria nada digna de respetar. Ejemplos los hay de todo tipo. Ahí tenemos al catedrático Ángel Gabilondo ronroneando a Sánchez con la queja de que ya está cansado y aburrido de ejercer de representante del socialismo en la Asamblea de Madrid, pues lo suyo era haber sido presidente de la misma, y que le debe recolocar en otro sitio de más postín. O a la exalcaldesa de Madrid, Manuela Carmena insinuándose para que la asignen un ministerio por los servicios prestados hasta la fecha. O vemos cómo el Gobierno interino regala fondos para el Plan África, con el fin de potenciar el boyante puesto que la mujer de Sánchez tiene en el Instituto de Empresa como directora del África Center. O el ocultamiento de la Universidad Camilo José Cela de quiénes fueron los que autorizaron la composición del tribunal amigo para la lectura de la tesis del doctorando Pedro Sánchez. O cómo La Moncloa destina 325.000 € a la exposición itinerante del 80 aniversario del exilio republicano, cuando ese dinero podía ser empleado para construir casas para los necesitados. O cómo Sánchez apoya las subvenciones que reciben las entidades profesionales en okupar edificios en contra de la ley.

Claro que ahí tenemos a Adriana Lastra, portavoz del PSOE, manifestando en TV1 –con mejor estilo que lo hace en el Parlamento, hay que reconocerlo–, que en las conversaciones que están teniendo los representantes de Podemos y Sánchez, los podemitas están descaminados al no fiarse de Pedro dado que su partido y su secretario son predecibles, previsibles y cumplidores de sus compromisos. ¡Osú! La va a crecer la nariz como a Pinocho.

Bueno, tengamos paciencia. Mientras salgamos al mundo, tanto cercano como lejano, pues en todas partes es posible aprender algo. No nos conformemos con lo que los canijos y miserables representantes que tenemos por la geografía española pretenden hacernos creer. Sigamos siendo libres, leamos los libros que nos apetecen, continuemos visitando ríos y montes y conociendo sus nombres, andando por ciudades y saludando a sus naturales, intentando empaparnos de toda la cultura que sea posible; pero al mismo tiempo, tendremos que repudiar no poco de lo que nos presentan en arte, en música, en festivales, en arquitectura. Como disfrutamos de lo antiguo hecho arte por el tiempo, aunque sea sencillo, artesano y rural, hoy nos acompaña en el largo paseo un botijo que por sí mismo avala su antigüedad. Es de Agost, provincia de Alicante. Muchas manos lo habrán tocado, y a no pocos sedientos habrá servido, Entre ellos, a nosotros.

Una noticia consabida

Manuel Parra Celaya

A diferencia de lo que me sucede con algunos libros, carezco de prensa en papel *de cabecera*. Eso es una ventaja y un inconveniente; lo primero, porque no te ves abocado a recibir un único punto de vista día tras día y gozas de una mejor perspectiva de las cosas (dentro de lo que cabe, claro); lo segundo, porque las limitaciones, tanto de tiempo como económicas, te impiden una cierta profundización más deseable en algunos temas.

De forma que, para solucionar el problema, casi cada mañana llevo a cabo mi particular *revista de prensa* a través de Internet y, cuando detecto noticia, artículo o enfoque interesante, me dirijo

al kiosco más próximo para acceder a una lectura reposada a la vieja usanza. Por lo que tengo entendido, esta es una conducta habitual entre los ciudadanos que quieren estar informados, aunque les cueste más de un berrinche, y el modo de formar opiniones con cierta objetividad.

Como estamos en las cercanías del 11 de septiembre (desde 1980, *festa nacional de Catalunya*), se dedican bastantes comentarios e informaciones de carácter predictivo: actos convocados, previsión de multitudes asistentes, disensiones domésticas de los separatistas y su posible influencia en las *celebraciones*… Sobre todas ellas, me ha llamado la atención la confluencia de motivaciones político-religioso-excursionistas de lo que se pretende hacer en Montserrat (antorchas y hogueras en cada altura), quizás inspirada por aquella visita de Himmler a la *Montaña Sagrada* en busca del Santo Grial; tampoco es una novedad el elemento esotérico-místico en el ADN del nacionalismo.

Pero a lo que iba: de mi revista de prensa de esta semana, me ha llamado la atención un artículo del periodista Àlex Gubern (*ABC* del día 3 del corriente) cuyo título, *El independentismo vuelve a apropiarse de la diada oficial*, he reputado, con perdón de este profesional, de inexacto, pues, desde la institucionalización de la fecha, todos los 11 de septiembre, velis nolis, han sido *propiedad* del separatismo (término que considero más exacto que el escrito por el periodista).

En primer lugar, por la usurpación de la efemérides y la consiguiente tergiversación histórica que encierra: el 11 de septiembre de 1714 tuvo lugar la capitulación de la Barcelona austracista ante las tropas felipistas, en el curso de aquella absurda guerra civil entre españoles (donde metieron cuchara todas las potencias europeas en defensa de sus propios intereses); aunque parezca una paradoja, aquella derrota representó un beneficio para toda Cataluña, que vio derrumbada la costra medieval que la constreñía, incluidos los aranceles interiores, la apertura de sus puertos al comercio con América y, en definitiva, abrió los caminos hacia la modernidad, el progreso y una economía pujante; así lo reconoce toda la historiografía *seria*, empezando por Pierre Vilar: *El desarrollo industrial catalán de finales del siglo XVIII resulta prácticamente inconcebible de no haber contado con el mercado americano*. Seguro que no lo ha leído la *consellera* Budó cuando se permite afirmar que *seguimos en pie pese a la derrota de 1714*…

De aquella guerra de Sucesión (que no *de Secesión*), en la que hubo catalanes en los dos bandos, han hecho los nacionalistas un símbolo espurio; seguro que tampoco han leído a Prat de la Riba cuando dijo en *La Veu de Catalunya* que *a los héroes del 11 de septiembre hay que admirarlos, pero no imitarlos*. De esta forma, las sucesivas *diadas* desde la Transición han seguido fielmente las grandes líneas, diseñadas por Jordi Pujol, a base de una paciente estrategia y de *biblias* (que ahora se están investigando a fondo, al parecer), y que han desembocado en el actual estado de cosas. No es, pues, ninguna novedad que los separatistas hayan monopolizado (y falseado) esa fecha histórica; que se lo pregunten a los representantes de partidos, asociaciones y clubs de fútbol no nacionalistas cuando, año tras año, han sufrido los abucheos, insultos e injurias al depositar sus flores ante la estatua de Rafael de Casanovas; por cierto, jamás este personaje fue ni remotamente separatista, ni Villarroel ni tantos otros héroes de la defensa de Barcelona.

Por algo fue rechazada de plano la propuesta de que la fiesta de Cataluña fuera el 23 de abril, día de Sant Jordi, mucho más tradicional, festiva y alegre; quizás por su trasfondo religioso y porque coincidía, como es lógico, con la de Aragón, en cuya Corona estaba incluida Cataluña, como saben quienes se han aproximado a la historia.

No olvidemos, por otra parte, que algunas otras Comunidades, especialmente si empiezan a estar trufadas de nacionalismo o lo están de sobra, también dotan sus particulares *diadas* –aunque de forma más atemperada por el momento– de exaltación engañosa de algún acontecimiento lejano, y, lo que es peor, en detrimento de la unidad española. Esto forma parte del dislate cometido con el montaje del *Estado de las Autonomías*, esas que nos vinieron impuestas *por el guion*, y que han sido aprovechadas, con toda impunidad, por quienes carecen de la facultad de mirar más allá del césped de su Aldea.

Lo que los insólitos no leen

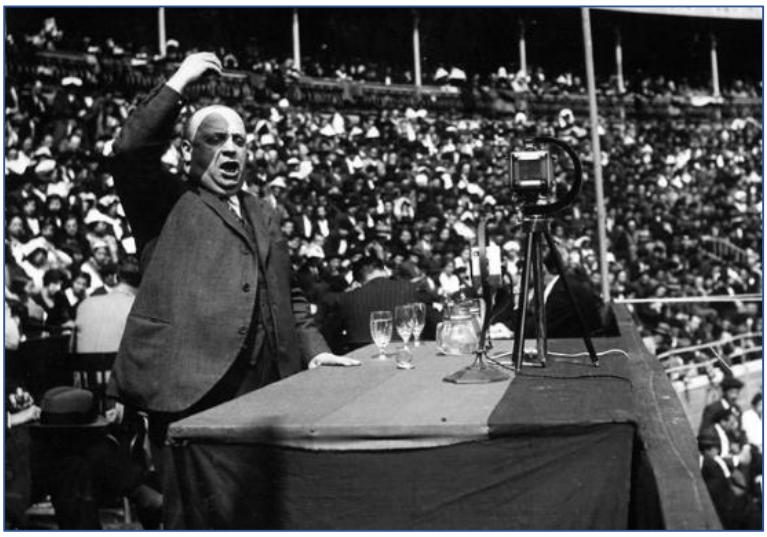
José Mª García de Tuñón Aza

Desde que el medio digital *Noticias para Municipios* pusiera en conocimiento de sus lectores y que algún otro medio se hiciera eco también, de que un antiguo militante de FE-JONS, Julio Alberto Alfonso González, en las pasadas elecciones generales de 2008, encabezara una candidatura de aquel partido y que ahora fue nombrado coordinador de Educación en el ayuntamiento de Móstoles, siendo afiliado a Podemos, fue motivo reciente para que, una vez más, caigan sobre Falange calificativos a la que toda la rojería, también la derecha, nos tienen acostumbrados. «Es un partido fascista», así se refiere a Falange Española, aquel medio.

Recogiendo palabras del filósofo Muñoz Alonso, a José Antonio, y por ende a Falange, le han amarrado a la galera naufragada del fascismo. Los adversarios los enemigos y algunos entusiastas le han clavado el epíteto de fascista en el tajamar de su pensamiento político como un mascarón de proa. Ser fascista es hoy una ignominia, encarcelada la palabra por los agentes del marxismo y por los gobiernos del neoliberalismo. Así resulta más cómodo condenar a Falange y a su fundador, José Antonio Primo de Rivera. Así «los sodomitas del leguaje han encontrado en el término *fascista* un compañero encelado», escribía Muñoz Alonso.

La concepción joseantoniana del Estado es totalmente diferente a la ideología fascista. José Antonio no era fascista, ni Falange un movimiento fascista. El hispanista Stanley G. Payne escribió sobre esta cuestión: «Desde 1934, José Antonio empezó a percatarse de algunas –no todas– de las deficiencias del fascismo político. Desde un principio acertadamente que la empresa fascista precisaba, entre otras cosas, intentar reconquistar lo espiritual en un mundo materialista…». Por otro lado, el francés Arnaud Imatz, nos ha dejado, sobre el particular, su punto de vista:

> La Falange joseantoniana, a diferencia del fascismo italiano, no admite la relación bilateral del trabajo, sino que defiende la integración completa de dos factores de producción, la atribución de la plusvalía a los productores y la implantación de la propiedad sindical, comunal y familiar. No sitúa el valor fundamental en el Estado, sino en la *lex aeterna,* en el «hombre portador de valores eternos», capaces de salvarle o condenarle.



Asimismo, es el propio José Antonio, cuando en un discurso que pronunció en el Parlamento el 3 de julio de 1934, dirigiéndose al socialista Indalecio Prieto, pronuncia estas palabras:

> Pero porque resulta que nosotros hemos venido a salir al mundo en ocasiones en que el mundo prevalece el fascismo –y esto le aseguro al señor Prieto que más nos perjudica que nos favorece–; porque resulta que el fascismo tiene una serie de accidentes externos intercambiables, que no queremos para nada asumir; la gente, poco propicia a hacer distinciones delicadas, nos echa encima todos los atribu-

> tos del fascismo, sin ver que nosotros solo hemos asumido del fascismo aquella esencias de valor permanente que también habéis asumido vosotros, los que llaman los hombres del bienio…

También el mismo medio aprovecha la ocasión para escribir que el citado tránsfuga «aparece en la candidatura de esta formación [Falange] de extrema derecha». El estólido que ha escrito eso, jamás leyó una línea de la que fue Falange ni tampoco lo que ha dicho José Antonio Primo de Rivera en sus escasos 3 años que duró su vida política dentro del partido que él fundó. El estólido ése, por ejemplo, ignora que Falange repudiaba el sistema capitalista «que se desentiende de las necesidades populares, deshumaniza la propiedad privada y aglomera a los trabajadores en masas informes propicias a la miseria y a la desesperación». Ignora también que Falange defendió la nacionalización de la Banca.

Igualmente, sería recomendable que el insólito leyera el discurso que José Antonio pronunció en el Parlamente el 23 de julio de 1935. He aquí algunas de sus palabras:

> En la provincia de Ávila –esto lo debe saber el señor ministro de Agricultura– hay un pueblo que se llama Narros del Puerto. Este pueblo pertenece a una señora que lo compró en algo así como ochenta mil pesetas. Debió de tratarse de algún coto redondo de antigua propiedad señorial. Aquella señora es propietaria de cada centímetro cuadrado del suelo; de manera que la iglesia, el cementerio, la escuela, las casas de todos los que viven en el pueblo, están, parece, edificados sobre terrenos de la señora. Por consiguiente, ni un solo vecino tiene derecho a colocar los pies sobre la parte de tierra necesaria para sustentarle, si no es por una concesión de esta señora propietaria. Esta señora tiene arrendadas todas las casas a los vecinos que las pueblan, y en el contrato de arrendamiento, que tiene un número infinito de cláusulas, y del que tengo copia, que puedo entregar a las Cortes, se establecen no ya todas las causas de desahucio que incluye el Código Civil, no ya todas las causas de desahucio que haya podido imaginarse, sino incluso motivos de desahucio por razones como ésta: «La dueña podrá desahuciar a los colonos que fuesen mal hablados».Es decir, que ya no sólo entran en vigor todas aquellas razones de tipo económico que funcionan en el régimen de arrendamientos, sino que la propietaria de este término, donde nadie puede vivir y de donde ser desahuciado equivale a tener que lanzarse a emigrar por los campos, porque no hay decímetro cuadrado de tierra que no pertenezca a la señora, se instituye en tutora de todos los vecinos, con esas facultades extraordinarias, facultades extraordinarias que yo dudo mucho de que existieran cuando regía un sistema señorial de la propiedad

José Antonio tenía buena sangre y la buena sangre no puede mentir. La nobleza auténtica carece de egoísmos y pone por encima de todo la mejor de las virtudes, la justicia. «Podía burlarse de los señoritos viciosos de las milicias socialistas», decía Luys Santa Marina, pero a nadie se le puede tachar nunca de *conservador* cuando su programa político-social es el que esos «señoritos viciosos» de ahora llaman *progresista;* y mucho menos a quien «tiene perfecta conciencia de que su programa de radical reforma agraria, de redistribución de la población, de propiedad sindical, de nacionalización de la banca, es, con mucho, el más revolucionario de los que fueron propuestos a España en 1936. Está a cien codos por encima del programa del Frente Popular», termina diciendo el historiador francés Christian Rudel en su libro *La Phalange.*

El otoño de terror que se avecina en España mientras Sánchez juega con Iglesias

Miguel Blasco *(ESdiario)*

Lo dijo el pasado 15 de febrero, cuando tumbados sus primeros presupuestos como presidente del Gobierno, convocó elecciones anticipadas para el 28-A. Y lo repitió este mismo miércoles, con un tono bien enfático, en la Universidad Menéndez y Pelayo de Santander.

«España necesita cuanto antes un Gobierno que dé estabilidad y cohesión territorial», recalcó Pedro Sánchez ante los asistentes a su intervención en los prestigiosos cursos que se celebran anualmente en la capital cántabra. Tanto énfasis provocó, que algunos de los asistentes se removieron en sus asientos entre sorprendidos y estupefactos.

«¿Y si hay tanta prisa, por qué esa parsimonia demostrada en agosto por el candidato y presidente en funciones?», se venía a preguntar un auditorio repleto de periodistas, empresarios y dirigentes políticos.

Pero, pese a las contradicciones entre lo que dijo y lo que ha hecho, el líder del PSOE solemnizó una gran verdad. España se la juega entre el otoño y el invierno, con tres gigantescos –y aterradores– desafíos, que no va a poder afrontar con plenas garantías ni un país inmerso en la enésima campaña electoral, ni un Gobierno limitado en sus capacidades por su condición de... en funciones.

Si nadie lo impide, es decir si Pablo Iglesias no se rinde, los españoles serán llamados a votar de nuevo el 10 de noviembre, justo en medio de la tormenta perfecta. Con tres epicentros que dan pánico: un Brexit caótico, fuera de control y terriblemente amenazador, en primer lugar.

Una recesión a la vista que ya está movilizando a los hombres de negro de Bruselas y que amenaza con un nuevo tijeretazo europeo al gasto público. Y España, que ha vuelto a las andadas del derroche, se maneja con los presupuestos prorrogados de Rajoy. Y si hay elecciones, con ellos seguirá varios meses.

Y para completar este desafío ingente en lo económico, planea todo un órdago político: la sentencia del procés que el Tribunal Supremo planea desvelar en octubre. Y con una amenaza de Quim Torra sobre la mesa de una nueva declaración de independencia.

Y así llega España al último trimestre del año. Con un amenazador Brexit que, por cierto, pilla a España con un ministro de Exteriores a «tiempo parcial». Josep Borrell tiene un pie en Madrid y otro en su nuevo cargo de responsable de Exteriores de la Unión Europea.

Con un presupuestos caducos e inservibles y con un avispero: o un gobierno «progresista» con Podemos que dispare el gasto público, o un vacío de poder hasta bien entrado 2020.

Y con una Cataluña a punto de arder, con el Congreso y el Senado en una obligada interinidad y con Sánchez dependiendo de Rufián y del PNV. Lo dicho, en el peor momento, y ante la llegada de la tormenta perfecta.

El familiar de una víctima de la Guerra Civil protesta al *ABC*: «Mi tío murió en la cárcel pero fusilado por los rojos»

Juan F. Lamata Molina *(PD)*

El periódico *ABC* tiene una sección de hemeroteca –aunque más bien debería ser denominada de efemérides– con la ventaja que le da ser el único periódico de ámbito nacional que supere el centenario (y sacando setenta años de ventaja al siguiente, el diario *El País*).

En su edición del pasado 4 de septiembre 2019 el periódico dirigido por Bieito Rubido incluía como efeméride de ese día que era el aniversario de la muerte del político Rafael Salazar Alonso, alcalde de Madrid y ministro de la Gobernación, en la cárcel Modelo y aludiendo al incendio de la misma dando a entender que este fuera el motivo de su muerte.

Esa forma de recordar el asunto no ha gustado a Juan Salazar San Félix, que, se da la circunstancia, es el sobrino de Rafael Salazar Alonso que ha remitido una carta a Bieito Rubido en la que le hace dos correcciones.

La primera que Salazar Alonso no murió el 4 de septiembre sino el 23 de septiembre y, aunque sí fue en la cárcel Modelo aclara el punto que *ABC* omitió: «Murió en dicha cárcel, sí, pero fusilado por los rojos».

La muerte de Rafael Salazar Alonso

En la sección de Hemeroteca que ABC publica en la páginas de Agenda, se dijo el pasado 4 de septiembre que Rafael Salazar Alonso murió en el incendio de la cárcel Modelo. «Esa noticia no es correcta. Mi tío murió el 23

Rafael Salazar Alonso fue un destacado político durante la II República como miembro más destacado del Partido Republicano Radical sólo superado por Alejandro Lerroux y Diego Martínez Barrio (este último lideraría una escisión para integrarse en el Frente Popular). Durante la etapa de coalición del Partido Republicano Radical con el partido de derechas vaticanista Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) Salazar Alonso ocupó los cargos de ministro de Gobernación y alcalde de Madrid en el periodo que la izquierda denominó «bienio negro».

Al estallar la guerra civil fue apresado por milicianos del Frente Popular y ejecutado. Su condición de republicano no fue un escudo protector para los milicianos izquierdistas y fue asesinado al igual que otros republicanos de derechas como Gerardo Abad Conde, Melquiades Álvarez o los otros republicanos asesinados en la matanza del 22 de agosto.

La soberanía es (afortunadamente) secular

Fernando de Haro *(Páginas Digital)*

Una prueba más. El enfrentamiento de los últimos días entre el primer ministro británico Johnson y el Parlamento de Westminster es una prueba más de cómo el progreso en materia de democracia y de soberanía no es lineal. Las conquistas alcanzadas en un determinado momento pueden perderse. Lo ha subrayo con lucidez Tom Burns al explicar que el fondo del asunto del Brexit cuestiona el «relato liberal ascendente y optimista». Un relato que parte de la Gloriosa Revolución en Inglaterra de 1688 y de la Constitución de los Estados Unidos y que da por consolidadas las fórmulas para hacer efectivo el contrato entre gobernantes y gobernados.

¿Cuál es el fondo del Brexit? Una discusión sin fin sobre la representación del pueblo soberano, sobre la soberanía, que parecía zanjada. «Por un lado hay un claro mandato popular para abandonar la Unión Europea (UE), y por otro hay una asamblea representativa que se opone a un Brexit en el que no se definan los términos de un acuerdo con la UE», explicaba la semana pasada en *The Atlantic Yascha Mounk*, autor del libro *The People versus democracy*. Mounk señalaba que «Johnson se presenta como el campeón que va a realizar la voluntad popular a cualquier precio, voluntad de la que se considera intérprete». La partida está llena de trampas porque el referéndum no especificaba cómo debía ser la salida de la UE. Pero en medio del ruido esta cuestión se desprecia. El

caso es que, en el Reino Unido, como en algunos otros países de Europa, hemos visto últimamente un enfrentamiento entre la supuesta voluntad del pueblo expresada a través de la democracia directa y la voluntad de la mayoría, encarnada en los parlamentarios. El Parlamento Británico, argumentan Johnson y muchos otros, no debería impedir que se materialice lo que el pueblo soberano ha decidido. El Parlamento es el problema. La evidencia del valor de la democracia representativa como fórmula para encauzar la soberanía popular, uno de los grandes fundamentos de nuestros sistemas constitucionales, se pone en cuestión.

El «soberanismo» del pueblo británico, frente a su Parlamento, es solo una de las muchas reacciones de quien revindica, en estos tiempos de globalización, una vuelta al «poder popular» y a las atribuciones propias de los Estados tal y como quedaron definidas en la Paz de Westfalia. Esto último sería necesario para que la política recuperara su dignidad y la gente pudiera tener el protagonismo que le es propio. De un lado se reclama poder para el pueblo, de otro se exige con nostalgia una soberanía plena de los Estados. La añoranza de una soberanía «como la de antes» lleva a acariciar a algunos la teoría de una especie de conspiración neoliberal. Las corporaciones y los grandes poderes económicos mundiales habrían llevado a cabo un plan alimentado por su codicia para suprimir barreras comerciales, para impulsar la libre circulación de mercancías y capitales. El mundo del dinero contra la gente.

Es un dato que la soberanía de los Estados ha quedado muy diluida. Es también un hecho que la globalización, en muchas ocasiones, es una fuente de injusticia. Y es evidente que es necesario recuperar instancias políticas con capacidad de regular, ordenar y controlar unos mercados que no resuelven todos los problemas y a veces los crean. Pero es también un dato que la apertura comercial genera más riqueza que el proteccionismo, y que las libertades de circulación de capitales, mercancías y personas, convenientemente ordenadas, generan más prosperidad para las personas. Las viejas fórmulas de soberanía ya no funcionan, habrá que inventar otras nuevas. Y en este campo los proyectos de integración regional (como el de la UE) son parte de la solución, no del problema.

No solucionamos nada anclados en la nostalgia de la vieja soberanía estatal, como tampoco solucionamos nada pensado que la soberanía popular se expresa mejor a través de la democracia directa.

La democracia directa, materializada en referéndums ganados por dos o tres puntos porcentuales, es la mejor fórmula para que las *fake news*, la desinformación y los poderes que están detrás acaben imponiendo su voluntad.

El concepto de soberanía popular que manejamos, probablemente, es una idea secularizada por el racionalismo de la soberanía de Dios. Pero el modo en el que esa soberanía debe expresarse, concretarse y materializarse ha sido aquilatado desde las revoluciones liberales hasta las Constituciones que se elaboraron después de la II Guerra Mundial. Para evitar la absolutización del soberano, ahora el pueblo, la regla de la mayoría no es la única regla. Se exigen mayorías reforzadas, se estima el peso de las minorías, se refuerza el valor deliberativo de los parlamentos, se limita la capacidad de gobernar por decreto, se fortalecen los Tribunales Constitucionales… en fin, una larga historia de progresos democráticos que ahora parecen ser inútiles.

Es posible que la soberanía fuera un fruto positivo de la secularización. Pero ahora asistimos a una teologización de la soberanía que le atribuye caracteres religiosos. No es nada positivo.

Dar la vida

Monseñor José Ignacio Munilla *(Diario Vasco)*

Los datos publicados por el INE a finales del pasado junio muestran un panorama desolador en materia de natalidad: la fecundidad se sitúa en 1,25 hijos y los nacimientos han caído un 6% respecto al año anterior. Acumulamos un descenso de un 30% en la última década; y si no nos hubiésemos visto beneficiados por la natalidad de los inmigrantes, este descenso en España habría alcanzado el 44%. En nuestro país mueren más personas de las que nacen, y

mientras que la población de más de 65 años supera los nueve millones de personas, los menores de 15 años no llegan a los siete millones. Estos datos se agravan aún más si nos referimos al territorio vasco.

Tengo la impresión de que nos estamos acostumbrando a escuchar periódicamente este tipo de datos, sin calibrar suficientemente lo que implican… La publicación de este tipo de cifras, cada vez más inquietantes, suscita la lógica preocupación por la sostenibilidad del sistema de pensiones. Algunos incluso llegan a mostrar cierto temor por el futuro de nuestra civilización, ya que los flujos migratorios se aceleran por motivo de la descompensación demográfica; o, en el mejor de los casos, se escuchan algunas voces (pocas, por desgracia), planteando la necesidad de implementar medidas para favorecer la natalidad, tales como la conciliación laboral, la lucha contra la especulación en el precio de la vivienda, incentivos directos, etc.

No estamos ante un fenómeno nuevo en la historia de la humanidad, puesto que la crisis de natalidad ha acompañado a casi todos los declives culturales. Por poner un ejemplo, impresiona leer el siguiente texto de Polibio, historiador grecorromano, quien a mediados del siglo II a.C., en plena decadencia de la Grecia clásica, escribía: «En nuestros días, en toda Grecia, la natalidad ha descendido a un nivel muy bajo y la población ha disminuido mucho, de forma que las ciudades están vacías y las tierras en barbecho (…) Las gentes de este país han cedido a la vanidad y al apego a los bienes materiales; se han aficionado a la vida fácil y no quieren casarse o, si lo hacen, se niegan a mantener consigo a los recién nacidos, o solo crían uno o dos como máximo, a fin de procurarles el mayor bienestar mientras son pequeños y dejarles después una fortuna considerable. De ese modo, el mal se ha desarrollado con rapidez sin que nadie se haya dado cuenta...». A los pocos años de esta crónica (allá por el año 146 a.C.), el Imperio Romano fagocita a la Grecia decadente, hasta que siglos más tarde llega el ocaso del Imperio Romano, acompañado nuevamente de una profunda crisis de natalidad… *Nihil novum sub sole!*

Ahora bien, sería muy triste si nuestra preocupación por la crisis demográfica se circunscribiese al temor por el debilitamiento de nuestras pensiones, o al miedo a la llegada de extranjeros. Igualmente, sería muy ingenuo suponer que una administración pública vaya a ser capaz de revertir esta tendencia con la mera aprobación de incentivos a la natalidad, por muy necesarios que sean. De hecho, las clases sociales más pudientes no tienen un índice de fecundidad superior a la media, y los inmigrantes en España tienen un número de hijos muy superior a los autóctonos, a pesar de que su nivel económico es inferior y sus dificultades objetivas para la conciliación laboral sean mayores.

Nuestra crisis de natalidad es uno de los signos más evidentes de la crisis de valores que sufre Occidente. En el contexto de una sociedad en la que la calidad de vida se identifica con el mero bienestar, el reto de la maternidad y la paternidad es percibido como demasiado exigente. Es innegable que la educación de los niños demanda una entrega plena e incondicional –me atrevería a decir que heroica—, que no es fácilmente compatible con la cultura del weekend, de la invasión digital, del consumismo compulsivo, del desorden de vida generalizado, de la crisis existencial... Ciertamente, la maternidad y la paternidad requieren «dar la vida» en el sentido más amplio del término. ¡La crisis demográfica esconde una crisis de esperanza!

Para abordar la cuestión es importante que entendamos que la baja natalidad no solo compromete el futuro de una cultura, sino que afecta en gran medida a su presente. La carencia de niños en nuestras familias y en nuestra sociedad, nos empobrece mucho más de lo que suponemos. De hecho, en no pocas ocasiones hemos constatado que solo la inocencia de los niños es capaz de

arrancarnos de nuestra zona de confort, de nuestro aburguesamiento, llevándonos a entregar lo mejor de nosotros mismos hasta alcanzar el cenit de la madurez, que suele coincidir con el olvido de uno mismo. Nuestra cultura necesita de los niños de forma apremiante, porque pocas cosas hay tan falsas como una alegría sin inocencia…

A lo anterior debemos agregar lo que supone hurtar a los niños la experiencia de la fraternidad. El déficit de fraternidad se traduce en la educación, en una notable dificultad para la socialización, además de una proclividad para desarrollar la herida narcisista. Si la experiencia filial nos ayuda a tomar conciencia de nuestra dignidad (somos únicos e irrepetibles), la experiencia de fraternidad nos enseña a ser uno más entre todos; algo absolutamente necesario.

Decíamos que la paternidad y la maternidad requieren «dar la vida». Pero la vida es algo que nos supera. Es un «milagro» que hemos recibido gratis y que estamos llamados a transmitir generosamente. Los creyentes no solemos hablar de reproducción, sino de procreación. Los animales se reproducen, ciertamente; pero los seres humanos procrean. Los progenitores colaboran con Dios creador para dar vida al mundo. En este día de la Natividad de María, 8 de septiembre, no podemos sino acordarnos de sus padres, Joaquín y Ana. ¡Gracias por haber traído al mundo a aquella de la que nacería el autor de la vida!

La sociedad del sándwich mixto: por qué los mediocres dominan el mundo

Rodrigo Terrasa *(El Mundo)*

Piense en un helado de vainilla. No, mejor aún, piense en un sándwich mixto. Aquí tiene una foto para inspirarse. Visualice el mejor sándwich mixto posible, con su jamón caliente, su queso fundido, su pan tostado... ¿Es la mejor comida del mundo? Desde luego que no. ¿Es la peor? Seguro que tampoco. A nadie le disgusta un sándwich mixto pero difícilmente alguien lo elegiría para el menú de su boda o como última cena en el corredor de la muerte. No es un plato brillante, pero para salir del paso nunca está mal; cumple su función. «Perdone, la cocina ya ha cerrado, pero si quiere le podemos hacer un sándwich mixto».

Podríamos decir que el sándwich mixto es un plato sencillamente mediocre. No malo, ojo, me–dio–cre. Es decir, «de calidad media», según estricta definición de la RAE. «De poco mérito». Vamos, del montón.

Ahora olvide el sándwich y mire hacia el despacho de su jefe. Ahí lo tiene. Piense en el profesor de sus hijos o ponga un rato las noticias y fíjese en nuestros políticos. Incluso en la última película de moda o el disco más vendido. El último best seller... ¿No me diga que no le sabe todo a jamón y queso? Bienvenidos a la dictadura de lo mediocre.

«Vivimos un orden en el que la media ha dejado de ser una síntesis abstracta que nos permite entender el estado de las cosas y ha pasado a ser el estándar impuesto que estamos obligados a acatar», denuncia Alain Deneault, filósofo y profesor de Sociología en la Universidad de Québec y autor de *Mediocracia, cuando los mediocres llegan al poder* (Ed. Turner), un ensayo que llega hoy a España y que analiza cómo las mediocres aspiraciones que invaden la sociedad están provocando ciudadanos cada vez más idiotas. Condenados –diríamos– a desayunar, comer y cenar un sándwich mixto. «La mediocracia nos

anima de todas las maneras posibles a amodorrarnos antes que a pensar, a ver como inevitable lo que resulta inaceptable y como necesario lo repugnante».

Veamos un ejemplo práctico que pone Deneault para entender el juego perverso del que habla en su libro. El sistema no quiere a un maestro que no sepa ni usar la fotocopiadora, pero menos aún aceptará a un maestro que cuestione el programa educativo tratando de mejorar la media. Tampoco admitirá al empleado de una empresa que intente mostrar una pizca de moralidad en una compañía sometida a la presión de sus accionistas. Traslade el modelo a cualquier otra profesión y encontrará un panorama con profesores universitarios que en lugar de investigar rellenan formularios, periodistas que ocultan grandes escándalos para generar clics con noticias de consumo rápido, artistas tan revolucionarios como subvencionados y políticos de extremo centro. Ni rastro del orgullo por el trabajo bien hecho. «Por oportunismo o por temor a represalias estructurales, es difícil resistir la presión de la mediocridad», lamenta el filósofo canadiense.

Todo se rige hoy bajo el conocido como Principio de Peter, una teoría formulada por el pedagogo Laurence J. Peter y el dramaturgo Raymond Hull (también canadienses) que establece que, en las jerarquías modernas, todos los trabajadores medianamente competentes –ni los más brillantes ni los que no son unos completos inútiles– son ascendidos en su empresa hasta que alcanzan un puesto para el que ya no están capacitados.

«Nuestros sistemas masivos de calificación, de evaluación y de indicadores están pensados para gestionar la media. Y la verdad es que lo hacen bastante bien», defiende Daniel Innerarity, catedrático de Filosofía Política y Social en la Universidad del País Vasco. «La parte mala es que también castigan la disonancia, lo disruptivo. Lo que nos suena extraño tendemos a calificarlo como malo. La única manera de combatir ese sesgo es tener un sistema en paralelo para concederse una cierta excepcionalidad porque el sistema, por nuestro comportamiento gregario y por la igualdad democrática, tiende a premiar la conducta adaptativa. Quien quiera evitar ese sesgo lo que debe hacer es procurarse la compañía de alguien que le diga la verdad a la cara, que no le haga la pelota como hacen los asesores de hoy en día, sino que le diga alguna vez que está haciendo el ridículo, como hacían los bufones del Rey».

El origen de esta mediocracia se remonta, según el relato de Alain Denault, al siglo XIX, «cuando los oficios se transformaron gradualmente en empleos», se estandarizó el trabajo y los profesionales se convirtieron en «recursos humanos», formateados, clasificados y empaquetados como gerentes, socios, emprendedores, autónomos, asociados... Con una eficacia a gran escala que, para Denault, no tiene comparación en la Historia. Tenemos a gente que produce alimentos en cadenas de montaje sin saber cocinar ni un sándwich de jamón y queso, que te dan la turra por teléfono con estimulantes tarifas que ni ellos mismos entienden, que venden libros que jamás leerían. Que trabajan como la media porque el trabajo no es para ellos más que (valga la redundancia) un mediocre medio de supervivencia.

«Generamos una especie de promedio estandarizado, requerido para organizar el trabajo a gran escala en el modelo alienante que conocemos hoy», explica el autor. «Los mediocres se organizarán para adularse unos a otros, se asegurarán de devolverse los favores e irán cimentando el poder de un clan que irá creciendo atrayendo a sus semejantes», sostiene. «Es un círculo vicioso».

– ¿Es más peligroso un profesional mediocre que uno directamente malo?

– Para el poder, no. Mediocridad no es sinónimo de incompetencia. Los poderes establecidos no quieren perfectos incompetentes, trabajadores que no cumplan su horario o que no obedezcan

órdenes. En realidad cuesta ser mediocre. Uno puede ser un mediocre muy competente, es decir, aplicado, servil y libre de todas las convicciones y pasiones propias. En ese caso, el futuro es suyo porque las instituciones de poder son reacias a codearse con personas comprometidas política y moralmente o que sean originales en sus pensamientos y métodos.

– ¿Somos más mediocres que antes?

– No vamos a inventar un mediocrómetro para estudiar el grado de mediocridad de las personas, pero sí podemos establecer una evolución de los términos mediocridad y mediocracia en el curso de la modernidad. Inicialmente, era una expresión desdeñosa utilizada por las élites para denunciar el reclamo de las nacientes clases medias que querían probar la ciencia, el arte o la política. Por el contrario, la mediocridad en nuestro tiempo ya no es deplorada, sino promovida. Se ha convertido en un sistema.

En lo más alto de ese régimen mediócrata, encontramos a nuestros políticos. Se habrá cansado de oír lo mediocres que son y seguramente creerá que los de hoy son peores que los de antes y los nuestros peores que los del país vecino. Si le sirve de consuelo, Alain Denault sostiene que la mediocridad está en la naturaleza de casi todos los políticos actuales y el régimen que dibuja su ensayo se sostiene sobre esa nueva política convertida en una «cultura de gestión», en la que nuestros dirigentes se limitan a manejar los problemas de ayer y en la que se desprecia cualquier pensamiento crítico o cualquier reflexión a largo plazo, porque sólo se autoriza lo normativo, la reproducción, las afirmaciones mecánicas de lo evidente.

«Este es –subraya Denault– el orden político del extremo centro». Y no hablamos del centro demoscópico, allí donde dicen los politólogos que se ganan las elecciones, sino directamente de una propuesta para suprimir el debate entre izquierda y derecha y sustituirlo por palabras vacías. «Se han impuesto en el lenguaje las barbaridades de las organizaciones privadas: aceptación social en lugar de democracia, partes interesadas en lugar de ciudadanos, sociedad civil en lugar de personas, consenso en lugar de debate, competitividad en lugar de ayuda mutua... Se nos dice, paradójicamente, que depende de nosotros salir del desempleo, hacernos atractivos para el mercado laboral, ser activos en Facebook, emprender... Casi todo conspira para hacernos fracasar, para que parezca una vergüenza personal lo que es sólo la ira política dirigida contra un individuo a quien se ha enseñado a restringir su conciencia. No hay nada más extremo que el extremo centro», sentencia el autor de *Mediocracia*.

Volvemos a España para averiguar dónde quedó nuestro extremo centro. «Hay gente que ha confundido el centro con la centralidad», comparte Daniel Innerarity. «El centro puede ser una combinación ideológica de valores de izquierda y derecha o puede ser también una combinación singular de pereza intelectual y oportunismo».

¿Son peores que nunca nuestros políticos? «No, el problema es que a los políticos mediocres de ahora los tenemos más presentes», dice el filósofo español. «Tendemos a idealizar a los líderes de la Transición, por ejemplo, porque nos acordamos de los buenos pero nos olvidamos de la cantidad de basura que había entonces. Hace mucho tiempo que dejaron de estar los más listos en el Gobierno pero no porque los gobernantes se hayan hecho más tontos, sino porque los demás somos ahora más listos. Antes eran más brillantes por comparación con la media. Hoy los políticos destacan menos no porque sean más mediocres sino porque se ha reducido la distancia entre el que lidera y los liderados».

–¿Cuál es entonces la solución contra la mediocracia?

–La democracia es un sistema de gobierno para la gente media, así que la solución es elevar esa media, que haya más cultura de formación. No se trata de mejorar el proceso de selección de líderes. Nos obsesionamos con los líderes o con su ejemplaridad, cosas de ese tipo que subrayan las cualidades individuales de las personas, cuando lo que hay que trabajar es la inteligencia colectiva de la sociedad. Y eso vale para el Gobierno y también para cualquier forma de organización humana.

La alternativa, nos recuerda Alain Denault, es la «grisura», lo «insípido». Ya saben, lo mediocre.